

## REVISTA "UNIVERSUM"

Universidad de Talca

### EL SENTIDO LIBERTARIO DE LA CULTURA LATINOAMERICANA

Leopoldo Zea (\*)

El presente artículo es la conferencia dictada por el Profesor Leopoldo Zea, durante la inauguración del año académico de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile, en mayo de 1990.

El Dr. Zea es ampliamente conocido por sus múltiples publicaciones sobre historia de las Ideas de América latina. Entre sus obras destacan: **El positivismo en México. Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. En torno a una filosofía americana. América como conciencia. Filosofía de la historia americana. Discurso desde la marginación y la barbarie.**

En ellas postula que la tarea de la filosofía latinoamericana debe ser captar su propia identidad particular, misión que la diferencia de las llamadas filosofías universales: la griega, la medieval, moderna y contemporánea europeas: concluyendo que sólo después de cumplida esta tarea podrá acceder a una visión universal. Sólo entonces se podrá mostrar que el americano no es mejor ni peor, sino uno más entre los hombres.

En el artículo que publicamos, analiza el concepto de cultura, como las expresiones que dan sentido a un pueblo y por tanto como liberadora de los obstáculos que le impiden - en sentido amplio- realizar sus anhelos. América latina por su peculiar realidad, tiene igualmente proyectos culturales que la diferencian en el contexto mundial. El profesor Zea revisa los conceptos de "descubrimiento" y "encubrimiento" con que ha sido descrita la llegada de Colón a las tierras denominadas como "Las Indias", "Nuevo Mundo", y posteriormente "América"; y la manera como estos conceptos se relacionan con los modelos culturales griegos, latinos y cristianos.

Gran latinoamericanista, Leopoldo Zea está convencido del rol que deberá jugar este continente en el futuro, como modelo de síntesis racial y cultural, y con la creación de un proyecto cultural nuevo, tolerante y desmitificador.

El Dr. Zea ha sido reconocido por la UNESCO como el más importante "pensador latinoamericano en la segunda mitad del siglo XX".

(\*) **Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México.**

La cultura de un pueblo, o grupo de pueblos, es lo que da sentido a sus múltiples expresiones, a su historia y a los proyectos que se derivan de esa historia. Cultura viene de cultivo, de cultivar, esto es, dar sentido al pasado, y en el presente preparar el futuro de los hombres y los pueblos. Los pueblos, a través de la educación y la cultura cultivan sus anhelos, esperanzas y proyectos.

La historia de la cultura nos muestra lo que han sido los pueblos a partir de lo que han querido ser, enfrentando la realidad que ha de ser sometida a tales proyectos. La cultura es por esencia una liberadora de los obstáculos que impiden a los hombres y pueblos realizar sus proyectos. La cultura en América Latina tiene más marcado este carácter libertario, por ello posee características peculiares que le distinguen de otros proyectos culturales.

Dentro de dos años, el mundo iberoamericano, pero también otras regiones del mundo, recordarán una gesta de la historia del hombre, la del llamado Descubrimiento de América, sucedida en un 12 de octubre de 1492. Digo llamado, porque se viene discutiendo ya con ardor la calificación de esta gesta. Se habla de Encuentro, pero con graves reticencias de quienes consideran que tal calificativo resta valor a la extraordinaria hazaña y en concreto a España. En esa fecha, se dice, se inició el encuentro de dos mundos y será a partir de este encuentro que se forme una región de la tierra conocida en general como América y dentro de América, en concreto Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica e Indoamérica. Encuentro de dos mundos que lo es de dos culturas, de concepciones del mundo.

Considero que más que hablar de descubrimiento, se debe hablar de encubrimiento. Encubrimiento originado precisamente de las diversas concepciones del mundo de los hombres y pueblos que se encuentran. Encubrimiento no es un calificativo peyorativo que aminore la hazaña que hizo posible tal encuentro. Encubrimiento es natural en hombres y pueblos que se encuentran o se tropiezan, como tropezó Colón con esta región. Se encontró con algo extraño y que por ello no encaja en el horizonte de sus concepciones del mundo y de la vida, de sus ideas e ideologías, de su peculiar historia y sus no menos peculiares proyectos. Colón, al tropezarse con este nuestro mundo en las Antillas, sólo vio lo que quería ver y encontrar: las tierras del gran Khan de los mongoles y el Japón, las tierras de las que había hablado Marco Polo. Serán otros exploradores los que se den cuenta poco a poco, de que lo encontrado es algo distinto de lo que esperaban encontrar. Colón mismo, en sus cartas, se va dando cuenta de que se ha encontrado algo que no encaja en su propia concepción de lo encontrado. Los indígenas con los que tropieza no son los aguerridos mongoles, ni los no menos aguerridos habitantes de Cipango que han derrotado a los primeros. Lo que encuentra es gente sencilla, desnuda, tímida, sin las ideas que sobre lo bueno y lo malo tienen sus descubridores. Los descubiertos, a su vez, encubrirán a sus descubridores con su propia y peculiar concepción del mundo: son los dioses de sus profecías, representan la realización de sus presagios.

En este encuentro de mundos y culturas, quienes lo hacen posible con su hazaña son los menos dispuestos a comprender a otra cultura que no encaje con la propia. Son los menos dispuestos a entender otra concepción del mundo y de la vida que no sea la de su propio mundo y vida. La cultura así encontrada estará, por ello, condenada a la destrucción, la manipulación y con ella a su encubrimiento. En este sentido se orienta la conquista y la colonización, se orienta el encubrimiento de los así descubiertos, conquistados y colonizados. Pero no pudiendo borrar, anular grandes culturas como las que se encontraron en el Perú y en México, yuxtapusieron a estas culturas su cultura. Sobre los teocalis levantaron iglesias, sobre las piedras del imperio, como el inca, levantaron los palacios de los conquistadores y colonizadores. Los misioneros pusieron cruces de piedra donde se suponía se adoraba al diablo, trajeron vírgenes como la de Guadalupe para sobreponerla sobre la sangrienta Coatlicue. Se encubrió así lo que no se podía comprender, aunque debajo de lo encubierto seguiría latente el mundo encubierto que buscará a lo largo de esta nuestra historia por hacerse presente, esto es, por liberarse. A la cultura de dominación encubridora se enfrentará una cultura de liberación descubridora.

Las culturas suelen ser por naturaleza excluyentes, es humana la incompreensión de algo que no sea lo peculiar y propio. El gran Khan de los mongoles y emperador de la China enviaba cartas al Papa y a los Reyes de Europa para que se sometiesen a su dominio y cultura y formasen parte de su gran Imperio. Los europeos no han sido a su vez, menos excluyentes. Excluyente y violento fue el encuentro de cristianos y musulmanes, pese a que Cristo y Mahoma se mostraban abiertos a todos los hombres. Apertura que fue interpretada como sometimiento. Para ser parte del mundo y la cultura del otro, había que renunciar al propio mundo y cultura. Los descubridores de América no fueron, en este sentido, menos excluyentes. Por ello, cuando no pudieron anular, dominaron; incorporaron a los indígenas a su mundo, cultura y concepciones, dando a éstos el lugar que correspondía dentro de esta concepción, mundo al que eran admitidos graciosamente. La condición para entrar en ese mundo era que aceptasen su carácter servil. Siglos antes, Grecia lo hizo con los que no eran griegos, a los que llamó bárbaros por balbucear el logo griego.

Pero hay una excepción, la cultura latina, la propia de los hombres que desde Roma hicieran del Mediterráneo su imperio. Un imperio sobre mares que bañaban las costas de pueblos que los griegos habían calificado de bárbaros, tanto al Sur, en África, como al oriente donde principiaba el Asia; en cuanto al norte, saltando los Alpes, otros pueblos, igualmente distintos en sus hábitos, costumbres y concepciones del mundo. La cultura latina, quizá por ser bárbara en relación con la griega, en lugar de excluir, incluyó. No rechazó culturas sino las asimiló e hizo de esta asimilación, la fuerza de un imperio que iría más allá del propiamente romano. Se alimentó de otra cultura y al mismo tiempo dio textura a las culturas con las cuales se encontró. En el panteón romano todos los dioses fueron bienvenidos y encontraron su lugar en el templo. No fue así con el cristianismo por ser, precisamente, excluyente.

El Sacro Imperio romano, a diferencia del romano, formado por bárbaros cristianizados, hizo de la exclusión, la fuerza de su dominio material y cultural. Fue esta misma cultura excluyente la que se impuso en América. Lo latino, sin embargo, se hizo expreso en los iberos que conquistaron y colonizaron esta nuestra región, haciendo posible el mestizaje, asimilando razas y culturas a pesar de ser, culturalmente excluyentes. Más excluyentes que los iberos que, como Roma, habían hecho del propio mestizaje un ejercicio, lo serán los herederos del Sacro imperio romano, los creadores de la Europa occidental, el llamado Mundo occidental encarnado en los Estados Unidos de Norteamérica. Exclusión más brutal pues es racial y cultural; que somete, y al hacerlo, se niega no sólo a comprender otras culturas, sino las descarta como tales, viendo en ellas, expresión natural de entes que no son sino parte de la flora y fauna de la región dominada, que ha de ser no cultivada, sino civilizada. Se niega el carácter humano de esas expresiones.

El carácter dominante, y excluyente de la cultura europea y occidental se hace expreso en la concepción que sobre la historia expone Hegel. La historia, y con la historia, la cultura se expresa en la conquista; hombres históricos son los conquistadores. Es cultura dominante y expansiva y por serio excluyente. Es cultura de dominación. Los héroes de esta cultura que por dominante se expresa como civilización, son los conquistadores. Alejandro, César y Napoleón, son los héroes máximos de esta historia de dominación excluyente. Hombres que tienen como misión expandir el espíritu, y los cuales, una vez concluida tal misión, son arrojados como cáscaras vacías. Por ello no son estos héroes dichosos. “Quizá les ha resultado amargo -dice Hegel- el llevar a cabo su fin; en el momento en que lo han conseguido, o han muerto jóvenes como Alejandro, o han sido asesinados como César, o deportados, como Napoleón”. Lograr su fin pero “ni ganancia alguna, ni tranquilo goce”. “Por ello mismo los hombres históricos no han sido lo que se llama felices”.

Contrarias a Hegel son las palabras de Simón Bolívar, otro hombre histórico, otro héroe. Un héroe cuyo fin no es la expansión del espíritu por la conquista, sino la emancipación del espíritu, por la libertad. En Bolívar, el espíritu, lo que da sentido del hombre y su historia, no se expresa como dominio, sino como libertad frente a la dominación sufrida. Escribe Bolívar: “Según esos señores, nadie puede ser grande, sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón”. Bolívar tampoco es feliz, pero no lo es porque su meta es la contraria de la de los conquistadores: emancipar lo que ha sido conquistado y dominado. Es el anti-héroe hegeliano. Bolívar no es ni quiere ser Alejandro, César o Napoleón, él quiere superarlos como Libertador de lo conquistado. “Yo quiero -dice Bolívar- superarlos a todos en desprendimiento, ya que no puedo igualarlos en hazañas”. “Libertador o muerto”, es su divisa. “Ni Colombia es Francia ni yo Napoleón”. “Napoleón era grande y único y además de ello sumamente ambicioso”. “Yo no soy Napoleón ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César”. “Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por

tanto, es imposible degradarlo”. Hay otra expresión del espíritu que no es el de la conquista, sino el de la libertad. Tal es lo propio de esta América dominada. La gloria no la da la conquista, sino la liberación de los pueblos y hombres. La cultura es cultura de liberación.

Cultura de liberación frente a una cultura dominante y excluyente. Tal es la peculiar cultura que preocupa a los hombres de la región que trataron de completar la hazaña de la emancipación política con la de la libertad por la cultura. De emancipación mental hablarán los hombres que han de completar las hazañas de los libertadores. Frente al encubrimiento el descubrimiento, esto es, el sacar a flote lo que ha sido encubierto. Por ello, la búsqueda de la identidad encubierta será la preocupación propia de la cultura en América Latina. Romper con todo lo impuesto, con toda la cobertura establecida. Romper con el pasado colonial que aún queda en la mente de los americanos. Y para poder romper, liberar lo que ha sido encubierto.

Realizada la independencia política del coloniaje ibero, la preocupación central de la inteligencia de la región se enfrentó al problema de la cultura. ¿Existe o es posible una cultura propia de estos nuestros pueblos? ¿Existe una literatura propia de los mismos? ¿Nuestros pueblos tienen su propia y peculiar expresión? Posteriormente se planteará el interrogante sobre la existencia o posibilidad de una filosofía de estos mismos pueblos. Interrogantes que surgen porque no se consideran propias la cultura, la literatura y la filosofía recibidas en tres siglos de coloniaje. Debe existir algo por debajo de lo recibido que puede ser considerado como propio. De lo recibido hasta ahora sólo se ha hecho remedo, imitación y mala copia. Lo propio de estos pueblos es aún inédito, está oculto y es por ello que habrá que liberarlo. Preocupación que conduce a las preguntas sobre la propia y peculiar identidad. ¿Qué somos? ¿Indios? ¿Españoles? ¿Americanos? ¿Europeos? Simón Bolívar se plantea este problema en los inicios de su hazaña libertadora. Domingo Faustino Sarmiento al buscar el sentido de un mundo, sus hombres y su cultura, que han alcanzado su emancipación política. En estos interrogantes, el pasado es visto como algo extraño a esta identidad y, con él, la cultura recibida. Por ello, la generación que sigue a la de los libertadores, la de los civilizadores y positivistas, habla de “emancipación mental”. No basta romper políticamente con el pasado impuesto, habrá también que romper con una mentalidad hecha para la servidumbre.

A esta primera interrogante se da como respuesta una aberración: el tratar de ser otro de lo que se es. El renunciar a todo lo que se es para poder ser otro distinto. ¡Seamos Europa! ¡Seamos los Estados Unidos de la América del Sur! Aberración que condujo a tratar de negar las ineludibles expresiones de lo propio al ineludible pasado indígena, ibero y mestizo de razas que se han encontrado en este Continente. Para poder ser como Europa y los Estados Unidos habría que negar el propio pasado y la cultura que le da sentido. Un pasado considerado servil, pero que sólo podrá ser plenamente anulado si es asimilado. De esta forma, a la yuxtaposición que el coloniaje impuso a las culturas propias de esta América se agregará la yuxtaposición de otras culturas igualmente ajenas para

supuestamente borrar el pasado impuesto. Todavía en nuestros días, se discute la existencia de una cultura y la filosofía que le dé sentido, y se arguye que esto no será posible si previamente no se alcanza el desarrollo material que han alcanzado las naciones que han impuesto su hegemonía política y cultural al resto de los pueblos de la tierra. Nuestros pueblos, dicen, no tendrán cultura y filosofía propias y auténticas, sino hasta cuando hayan vencido el subdesarrollo. La historia, sin embargo, nos muestra que es del enfrentamiento contra el subdesarrollo y la miseria que han surgido las culturas que luego se han convertido en predominantes. La cultura y la filosofía que dan sentido surgen, precisamente, de la toma de conciencia de los obstáculos que han de ser vencidos. La cultura es la expresión del hombre, enfrentando y venciendo los obstáculos que le impiden desarrollarse y alcanzar su máxima expresión humana. La cultura es liberación, como expresión del dominio de lo que impide el desarrollo. Lo grave se plantea cuando se hace de otras experiencias y hombres, pueblos y culturas, modelo del propio desarrollo y liberación. La cultura ha de ser, como lo expresaba Bolívar, desprendimiento de lo que ya no es propio, respeto de otras expresiones y búsqueda de solidaridad en el logro de metas comunes a todos los hombres y pueblos.

Nuestra América, que entra a una historia ajena bajo el signo de la dependencia, no puede originar una cultura de dominación, sino de liberación. Si algo ha de aportar nuestra cultura a la cultura universal, es precisamente este su carácter liberador.

Cultura de liberación, filosofía de liberación e, inclusive, teología de liberación, son los aportes a la cultura, propios de una región que una y otra vez ha de luchar para anular dominios, para vencer encubrimientos. Una cultura que, por la misma razón, no puede ser excluyente sino abierta y capaz de asimilar otras expresiones de lo humano, viéndolas como propias. Dentro de tal concepción, no cabe la intolerancia. Intolerantes son los que hacen de sus propios puntos de vista sobre el hombre y sus expresiones, la única posibilidad de los mismos. Esta es la intolerancia del conquistador, pero que no tiene sentido en hombres y pueblos que han de vencer la intolerancia impuesta.

La interrogante sobre la existencia de una cultura propiamente latinoamericana de la región, no tiene ya sentido en nuestros días. La pregunta por la identidad resulta igualmente anacrónica. Esta interrogante ha partido del cuestionamiento a que ha sido sometida esta región por quienes vieron en ella simple instrumento de su propia y exclusiva identidad; de la propia y exclusiva cultura. La identidad, como la cultura que le da sentido, es algo propio de lo humano, por ello su cuestionamiento es sólo cuestionamiento de lo humano. Esto significa el suponer que existen hombres más hombres que otros, y culturas más auténticas que otras. Identidad, queramos o no, la tenemos todos, como el cuerpo tiene su sombra. El problema está en la capacidad para reconocer lo propio y aceptarlo, y no pretender ser otro de lo que se es. Nuestra humanidad, como nuestra cultura, es la expresión de un ente que lejos de ser excluyente, asimila, suma, mestiza. Somos todo eso que se planteaba a nuestros libertadores y civilizadores, pero como ineludible opción. Para ser europeos, habría que

dejar de ser americanos; para ser españoles, dejar de ser indios y viceversa. Nuestra humanidad y expresión cultural se ha venido haciendo a partir de opciones. Nuestro problema, es ser capaces de aceptar lo propio, recibir lo ajeno y afirmar su unidad. Nuestra identidad no es algo por realizar, sino simplemente de reconocer el algo que ya existe y que simplemente hay que aceptar frente a todos los prejuicios. Prejuicios impuestos por quienes hacían de esta nuestra peculiar identidad, justificación para imponer la propia. ¿Hispanoamérica? ¿Iberoamérica? ¿Latinoamérica? Simplemente, como diría José Martí, nuestra América.

En esta nuestra América lo que se debe afirmar es el tipo de humanidad que la caracteriza, capacitada para asimilar las diversas expresiones de lo humano que aquí se han dado dolorosa cita. Un mexicano que tanta relación tiene con la historia Latinoamericana, José Vasconcelos, habló ya de Raza Cósmica. Raza de razas, cultura de culturas. Razas y culturas que lejos de yuxtaponerse se van asimilando sin perder por ello su peculiar identidad. Identidad de identidades, resultado de un extraordinario esfuerzo liberador, el que ha implicado e implica anular la yuxtaposición, descubrir lo encubierto. El descubrimiento que se viene realizando, paso a paso, está mostrando un singular modo de humanidad de la región, el género humano del que ya habló Bolívar. “En la América española -decía Vasconcelos- ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal”.

¿Cómo llamar a esta América, a este crisol de razas? ¿Cómo llamarla frente a la otra América que excluye razas y culturas? Vasconcelos hizo suyo el calificativo que le viene otorgando a esta región, el utilizado por el chileno Francisco Bilbao, el colombiano José María Torres Caicedo y el cubano José Martí el de América Latina. Latina a la manera que lo fue la antigua Roma, asimiladora de razas y culturas. No como la entendió Napoleón III para justificar su imperialismo. Latina en contraposición con la América Sajona opuesta a todo posible mestizaje. No se hablaba de española, porque aún estaba vivo el rescoldo de las guerras de independencia. Latina frente a la América Sajona, la de la agresión a México en 1847, la agresión a Centroamérica con el pirata Walker en 1856 y la agresión a España para ocupar sus últimas colonias en 1898. “Hablase al más exaltado indianista -dice Vasconcelos- de la conveniencia de adaptamos a la latinidad y no opondrá el menor reparo; dígamele que nuestra cultura es española y enseguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular. Y no hay otro recurso. Los mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como latinizado es el ambiente”. Lo latino no hace referencia a una raza concreta, tampoco es una cultura determinada, sino la expresión de su capacidad para

abrirse a las múltiples razas y culturas que han existido y existen en la tierra y en la historia. Es por la latinidad que se recupera a España, al mundo ibérico. No a la España de la conquista, la colonización, sino al pueblo que supo mezclarse con las razas con las que se encontró en América, como había aprendido a mezclarse con la raza y cultura del África, cuya religión combatía en nombre de la cruz. En este aspecto los godos heredaron de Roma el espíritu latino de sus relaciones con otros pueblos.

“Los llamados latinos -dice Vasconcelos- tal vez porque desde un principio no son propiamente latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueren las opiniones que a este respecto se emitan, lo cierto es que se ha producido y se sigue consumando la mezcla de sangre. Y es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana”. Un joven peruano conoció de cerca al maestro que sostenía tales ideas e hizo suyo el espíritu de su filosofía. Este joven fue Víctor Raúl Haya de la Torre que funda en México el partido que debía unir a toda la región, el APRA, en el Anfiteatro Simón Bolívar, construido por el mismo maestro mexicano para honrar a Bolívar. Haya de la Torre creó el calificativo de Indoamérica, reivindicando con este nombre a la raza que ha hecho posible la raza de razas de que habla Vasconcelos. Raza crisol, raza madre, de la cual aún se avergonzaban esos que José Martí llamó bribones. “Estos hijos de nuestra América, que han de salvarse con sus indios”. Raza, crisol de razas.

Nuestra cultura es una cultura que va rompiendo los encubrimientos a que ha sido sometida, que debe poner fin a las yuxtaposiciones impuestas o adoptadas; es una cultura de liberación y por serio incluye y no excluye. Vasconcelos ve también en esta cultura el punto de partida de la anhelada integración de la región. La integración de pueblos unidos en la lucha contra los encubrimientos impuestos y que de esta forma los separaba; pueblos animados por la misma preocupación cultural. José Vasconcelos consideró ineludible la lucha de esta nuestra cultura contra quienes sustentan una cultura que excluye y al mismo tiempo divide lo que debía estar unido. “Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo, nuestra época”, dice Vasconcelos en 1925. “Atravesamos épocas de desaliento, seguimos perdiendo no sólo en soberanía geográfica sino también en poderío moral”. Nos han derrotado en el combate y también ideológicamente. “Se perdió la mayor de las batallas el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos, concretando tratos y recibiendo beneficios falsos sin atender los intereses comunes de la raza. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival”. Por ello disputamos entre sí ante nuestro poderoso rival. “Nos mantenemos celosamente independientes respecto de nosotros mismos, pero de una u otra manera nos sometemos y nos aliamos con la Unión Sajona. Ni siquiera se ha podido lograr la unidad nacional de los cinco pueblos centroamericanos, porque no ha querido darnos su venia un extraño y porque nos falta el patriotismo verdadero que sacrifique el presente al porvenir”.



Cultura indoamericana o latinoamericana, ambas expresiones de una preocupación libertaria de los pueblos que la hacen posible. Afirmación de una identidad abierta a otras identidades. Capaz de asimilar y ser asimilada como contrapartida a culturas que hacen de su propia y peculiar identidad, la cultura por excelencia y la imponen a otras culturas. Es esta incapacidad para comprender lo que ha originado los encubrimientos y como natural contrapartida, la lucha por liberarse de ellos. Siendo esta nuestra cultura asuntiva, esto es, capaz de hacer suyas otras expresiones del hombre, no deben plantearse opciones ni buscar enfrentamientos. No se trata de enfrentar latinoamericanismo o indoamericanismo al sajonismo. Se trata de luchar porque éste último acepte la existencia de otras expresiones del hombre. Que reconozca y acepte la diferencia de los otros como pretende se acepte la propia. Que no se haga de la propia y peculiar cultura, la medida de toda posible cultura. En este sentido y, una vez rotos los amarres de todo dominio, liberadas las propias expresiones de otras que le son ajenas, buscar una relación de solidaridad que haga posible la colaboración de iguales entre iguales, de pares entre pares. No ya más relaciones verticales de dependencia, sino horizontales de solidaridad. Relaciones de solidaridad en las que cada hombre, cada pueblo, cada cultura sea reconocida como igual, como semejante, a partir, precisamente, de su ineludible diferencia.

